

ESCENAS INSTITUCIONALES. SOBRE *MODOS DEL ENSAYO* DE ALBERTO GIORDANO

Jorge Panesi
Universidad de Buenos Aires

Hay siempre un encuentro lateral en medio de las ocupaciones centrales de un profesor de literatura. Porque, sin duda, el profesor de literatura siempre está pensando en otra cosa que lo ensimisma, y lo saca de sí (un ensimismamiento que lejos de volverlo un “sí mismo” lo arrebatara, lo vuelca hacia otro lado). Un profesor de literatura parece estar muy bien colocado; la respetabilidad y el tinglado institucional lo rodean y protegen, le dan su lugar, y a cambio de una producción intelectual que imaginan férreamente encorsetada con los propios protocolos respetables de autorización, aquellos que filtran depurados compuestos de objetividad, parecen no exigirle nada, salvo la previsible formación de los jóvenes. El profesor responde lateralmente, ensimismadamente, a esta trivialidad que le ofrece con ademán racional y sibilino la institución que le permite ocuparse del pensar. Sibilina, la institución marca a fuego a los dóciles que ya no dirán nada que el centro institucional no hubiera previsto en una ronda incesante que parece responder a modas caprichosas, encargadas de desmentir unos métodos de saber sopesado, objetivo, consensuado, racional. Desde el exterior, los réprobos que han pasado por sus claustros escupen sobre su nombre y también al rostro de los clérigos dóciles. Otros, lateralmente, se ensimisman, se descolocan del lugar asignado y se debaten en la incomodidad. No parece haber un lugar más propicio para pensar la literatura que estos claustros; no parece haber otro lugar en que la literatura pudiera sentirse más a sus anchas.

Y sin embargo... La literatura, entre tanto respeto y veneración, no parece estar en su lugar. Se descoloca, y habiendo sido siempre el territorio de la ajenidad, se enajena de un sí mismo que nunca tuvo, pero que es inútil que busque aquí, donde todo está prefijado según las ramas ascendentes y descendentes de la jerarquía. Es la comedia o el drama de la descolocación.

Este drama, esta parábola o esta ficción, viene a cuento porque parafrasea *Los modos del ensayo* de Alberto Giordano. Y conste que no estoy diciendo que uno de los actores del drama, parábola o ficción, sea él. Lo parafraseo de unas escenas laterales, narrativas, casi anecdóticas de su libro que resuelven este drama, o que más bien lo inscriben sin resolverlo. Podríamos llamarlas “escenas institucionales del ensayista”. En ellas ocurre el germen, la vislumbre del ensayo. O sintetizan la difícil levedad de un encuentro en que, según Giordano, consiste el arte del ensayo. Son escenas habituales de enseñanza, de lectura, de discusión, en las que algo hace deslizar el hábito: lo que ha sido leído una y otra vez según las convenciones y los protocolos académicos, deja su lugar a una faceta que imperceptiblemente surge con un destello de sorpresa, con alarma enigmática allí, donde no se la esperaba. Leamos el primer capítulo, “Borges: la ética y la forma del ensayo”, cuando Giordano, por azar, encuentra la respuesta de Borges a la revista de izquierda *Contra*:

Se trata de un texto –dice Giordano– con el que me encontré mientras realizaba una pequeña investigación por encargo sobre las funciones de la literatura en el discurso de las revistas de izquierda durante los años 20 y 30. Lo que se dice un encuentro inesperado¹.

Fuera de lugar, el objeto, el asunto o el tópico del ensayo prefigura el ensayo mismo porque temporalmente permanece en reserva (fuera del tiempo, a la espera de una lectura que lo arrastre en sus redes para asignarle en el único lugar posible –el del ensayo– que es el no lugar, la cifra aproximada de una búsqueda que casi milagrosamente, felizmente, tuvo su encuentro). Fuera de lugar, la respuesta de Borges en una revista de izquierda se asemeja a la respuesta de Oscar Masotta en la encuesta a la crítica que propuso Adolfo Prieto en 1963, con esta salvedad que anota Giordano:

No siempre da buenos resultados buscar lo esencial de una escritura allí donde

su autor reflexiona sobre ella. (...) [E]n favor de una mayor claridad, de una comunicación más directa, se pierde su rareza, su poder de inquietud².

La salvedad no puede erigirse en método (si se tratase de método no estaríamos ante un ensayo), porque Masotta en su respuesta escribe un ensayo, el único entre tantas respuestas en falsete, que ha esperado muchísimos años para que una intensidad lectora, la de Giordano, le devuelva su potencia de escritura, su no lugar radical. Para Giordano no hay método para la búsqueda ni para el azaroso o prefigurado encuentro que son la sal y la razón misma del ensayo; sencillamente, un ensayo consiste en varios encuentros superpuestos a varias búsquedas: la intensidad lectora y escrituraria de quien lee otra intensidad lectora y escrituraria. No se trata de ninguna lógica, pero tampoco del mero azar de las probabilidades, sino de una ética, la ética de la búsqueda y del encuentro, en la que leer y escribir se abandonan sin cálculo posible a una intensidad sin nombre, cuyo nombre habría que buscar y encontrar, y al que provisoriamente podríamos llamar “felicidad”.

Lateral, potencial, desterrado, fuera de lugar, el tópico del ensayo espera en una reserva provisoria a que alguien lo relea (o que lo lea por fin) en otro lugar, en otra ocasión que recupere la suspensión, el retardo anticipatorio de un texto siempre a punto de perderse en las “escenas institucionales” que Giordano nos narra, no como ameno desvío de la búsqueda, sino como la necesaria condición de la búsqueda misma. Es el caso de un ensayo de Bioy Casares sobre *La Celestina*, que Giordano, estudiante de Letras, no lee, o lee al descuido:

Me encontraba ocupado entonces, muy a mi pesar, en el cumplimiento de una de esas tareas que sirven a la Academia para evaluar la disposición al trabajo de los estudiantes: debía “elaborar” una bibliografía (...) con los principales estudios sobre la tragicomedia.

Entre ellos, Giordano encuentra el ensayo de Bioy, pero lo destierra de la bibliografía escolar –sin arrepentirse por haberlo desterrado– porque mientras tanto, el texto espera en reserva la efectividad de una nueva lectura que es, en efecto, el capítulo sobre Bioy de su libro. Frágil objeto del ensayo, siempre a punto de desaparecer y siempre a punto de ser encontrado.

A veces, en la relectura de sí mismo que emprende Giordano, la “escena institucional” ocupa todo el ensayo (en el ensayo se trata siempre de una dimensión subjetiva atravesada íntegramente por una experiencia de lectura que desborda al sujeto). En las viejas notas que servían de base para dictar un seminario, Giordano recompone las hipótesis, los atajos, los caminos sin salida que el cotejo entre Borges y Piglia, torció el rumbo (o los rumbos) de ese seminario para convertirse en el recuento de una experiencia tanto institucional como de una lectura desbordada en cada uno de sus términos, y que es el capítulo sobre Piglia, el que lleva el irónico título de “Las perplejidades de un lector modelo”. Irónico, pues si bien el “lector modelo”, categoría normalizadora, e idealizante que Giordano reprueba, se dirige a Piglia, también lo roza a él: el recuento de los atajos, de los fracasos o “impasses” de su anterior lectura muestran la errancia desasosegada y al acecho que moviliza la empresa de este capítulo y de todo el libro, como si se sugiriera que en las reflexiones sobre Piglia el seminario no había alcanzado aún un cierto “estado de ensayo”, que sería algo parecido a un verdadero “estado de gracia”. El “lector modelo” es un lector totalizante, totalitario, que finge encontrar en un raptó de sutileza inteligente lo que ya había sido encontrado sin riesgos, según las reglas, en sí mismo como en otro (como Piglia, hábil *tricheur* que borra las comillas en una cita de Blanchot). Puesta en escena discretamente lateral que excede con su forma el contenido explícito (los ensayos de Piglia o las atribuciones erróneas), porque el “modo” del ensayo, más aún que su contenido, es el ensayo mismo.

Más allá de la *crítica-ficción*, el precario ser del ensayo vive rodeado de peligros, por eso la “escena institucional” a la que acabamos de asistir pone también en escena un conjuro: como vimos, el de la lectura total, totalizante o totalitaria, pero también la imposición satisfecha y rotunda del narcisismo crítico, en este caso, el del propio Giordano. Este narcisismo de la imposición sin riesgos, sin ninguna aventura errante o errática que el lector encuentra ya fabricada en los dogmas ideológicos, o en los hábitos de las lecturas hegemónicas, es lo que, a pesar de las seductoras interpelaciones de Viñas, a las que Giordano dice no ser indiferente, más repugna y lleva casi a la imposibilidad de escribir sobre él (en el capítulo “Un intento frustrado de escribir sobre Viñas”). Exceso de imposición, teatralidad que se regodea ante el propio espectáculo de un yo impúdicamente desplegado. Si el ensayo cuenta con la posibilidad de la polémica, si hay conatos polémicos en los

ensayos de Giordano, como los hay en toda verdadera lectura, siempre se evita (siempre debería evitarse) el riesgo del ataque frontal, ése por donde inevitablemente el narcisismo crítico hace su entrada, irreparable, y sin salida. Como enseña Blanchot (fuente inextinguible de esta ética del ensayo) el que escribe, en vez de afirmarse en lo que escribe, desaparece. Si el narcisismo crítico se afianza, es el conocer errático del ensayo el que desaparece. En palabras de Giordano: “*apostamos al desvío antes que a la oposición frontal*”³. La cárcel del narcisismo y sus corredores ciegos vuelven a encontrarse en las polémicas de Cortázar, analizados en “Cortázar y la denegación de la polémica”, donde se reconoce también el espejismo cultural que sostiene el encerrado teatro que consiste en “*los avatares de un narcisismo siempre soterrado: el del intelectual latinoamericano como último héroe moderno*”⁴. , que el decir del ensayo es el *entrededir*, no muy lejano del *entredicho*.

Comprendemos, gracias a este libro, que el camino que va desde el *entrededir* del ensayo al *entredicho* personal es corto. El *pólemos* del ensayo exigiría un difícil tono de concreción inestable: si bien la polémica ensayística debe rehuir el combate frontal (en el que la hace caer la incontrollable e irreflexiva fuerza del narcisismo intelectual), denegar beatamente esta fuerza polémica de autoafirmación (como hace Cortázar), lo precipita en los reflejos convencionales de la mala fe y el disimulo. Pero sobre todo, la polémica, en su faz autocomplaciente y aparatososa, es una suerte de anulación del ensayo por la cual se pone el intelecto al servicio de una *precipitación*, que mucho tiene de reduccionismo, de simplificación y de inmovilización totalitaria del otro. Contrario a semejante inmovilidad, el ensayo supone una difícil ética que es también su política difícil e inestable, una ética de no decisión, o mejor, de decisión en retardo, retrasada, que hace justicia tanto al evanescente objeto que se quiere conocer, como al otro (el otro con el que se polemiza, pero también el otro en tanto lector, el no menos difícil e inestable lector de ensayos).

Giordano apela a Barthes para mostrarnos al lector de ensayos. Ese lector quiere sólo un momento, el casi extático momento en que una fuerza le hace “levantar la cabeza”, Ese gesto es el germen del ensayo. Un arrastre que no se producirá si lo fastidian con astucias, lo amedrentan con imperativos, o intentan seducirlo con fanfarrias decorativas. Levantar la cabeza es un desvío, un intenso desvío que llama a completar esa interrupción, y es también un exceso de la

fuerza feliz. Supone un plus, una plusvalía incalculable que, en el acto de leer, el sujeto lector experimenta como una fuerza de conmoción capaz de mentar lo heterogéneo. Es tal la fuerza de ese plus inesperado –un punto de acumulación y de condensación– que obliga a dar un respingo, como si fuera un lúcido éxtasis admirativo que sale de sí mismo para dividir la lectura con una detención –en rigor una antesala o momento– de tensión que sólo podrá resolverse en la movilidad de una escritura por venir.

El ensayo evitaría tanto el frontal exceso de la polémica, como su equivalente discursivo: el recto camino del método que lo opone a la crítica, enredada como está en las cautas cauciones de sus métodos. El discurrir del ensayo, en cambio, exige éticamente el *desvío* y el *rodeo*: en el recto camino o en la “vía regia cognoscitiva” hay algo de segura predeterminación; el conocer del ensayo da cuenta de los detalles inasimilables, de los puntos de resistencia imprevisibles (en esto consiste el potencial de reserva semántico de los textos) para los cuales el rodeo (la reticencia del rodeo), o el obrar oblicuo del desvío, sin garantizar nada, abre la red que ha tejido pacientemente hacia lo azaroso de un futuro abierto que recogerá lo irreductible, y que tal vez reduzca a polvo la red que ha servido para pensar. En la posibilidad del desvío está implícita la pérdida, el extravío definitivo.

La ética del ensayo se opone a las imposiciones de la moral. Viñas, Cortázar, o en algunos momentos Masotta, imponen una moral y detienen o precipitan hacia la inercia la errancia del ensayo. Por eso Giordano subraya una y otra vez un valor que hace entrar en su ética, el valor de la *discreción*, encontrado en quien imprimió definitivas huellas en la ensayística argentina, marcándola con su impronta hasta ahora indeleble: Borges, reservorio de la ética que *Modos del ensayo* se empeña en establecer. El núcleo irreductible del ensayo –descubre Giordano en Borges– es un “suplemento” que irrumpe “*discreta pero contundente*” en la cadena de lo ya leído. La discreción tiene que ver con el núcleo casi inefable del ensayo, con su experiencia de lectura *casi* intransferible, pero también con la autoridad o la presencia del autor, por ejemplo, como sucede en Bioy: “*la presencia discreta de Bioy en sus ensayos*”¹⁶. Más que el testimonio de las buenas maneras, la discreción tiene su importancia en la economía de lectura que Giordano traza para el ensayo: esa discreción de la presencia autoral, esa ética de la ausencia es el motor de un impulso que desencadena el deseo de escritura en quien lee: “*gracias a su ausencia* –dice Giordano–

, *nada nos importa tanto entonces como satisfacer nuestro deseo de escribir*"⁶. La economía del deseo de escribir tiene lugar en una suspensión del sentido: el autor que discretamente, como Bioy, se retira de lo escrito, lo hace para no decir la última palabra, la definitiva, que con su imposición sólo llamaría a la polémica, a la implicación belicosa del lector o a su domesticada aquiescencia. En efecto: un ensayo se cuida muy bien de decir la última palabra.

"Discreto" es el adjetivo que esparce Giordano para quien cumpliendo "un destino tan institucional"⁷ no del todo rutilante, ocupa sin embargo, y a pesar de lo inactual de su posición (un lector cercano al siglo XIX), un lugar entre los ensayistas que le interesan. Precisamente, porque el ensayo se coloca fuera del centro, en posición oblicua, descentrado y fuera de foco, el anacronismo de José Bianco es ejemplar. Ejemplar, puesto que nada lograría interesarlo menos que las preocupaciones teóricas; y quizás por ello mismo, es que a propósito de Bianco, Giordano encuentra o inventa la teoría del ensayo, la teoría sin teoría del ensayo. Del ensayo sólo puede haber una teoría, la que Giordano bautiza como "*una teoría en acto de la escritura ensayística*"⁸. Esta teoría que cada ensayo debería renovar en su particularidad paradójica de teoría, anula las pretensiones generalizadoras del saber teórico. ¿Qué dice esta improbable ley teórica? En palabras de Giordano:

... dice que el olvido es la condición de los placeres del texto y la suspensión, la prueba de sus goces⁹

La enunciación de la ley es un homenaje puntual al admirado Barthes ensayista, posee un valor irónico, pero que no anula la dimensión no generalizable que la teoría no podría aprehender, sino a lo sumo reconocer. Se trata de la dimensión del afecto, siempre presente como un núcleo de desarreglo en los placeres o goces del ensayo. Goces, placeres y afectos cuya intensidad consiste en que, más allá del sujeto escritor o lector, se abren a una suerte de anulación recíproca.

Pero la teoría sin teoría del ensayo no lo condena a la imprecisión, o al mero recuento impresionista de las sensaciones de lectura, ni tampoco al diletantismo del discurrir sin rumbo. No es éste el goce del que se trata. El lector de ensayos goza en

definitiva con un oxímoron muy preciso: “el desarreglo de la justeza”. Lo justo con que el ensayo ha logrado en los hilos aparentemente desviados de su transcurrir, en sus ires y venires demorados, dar una idea que se parece a una revelación intelectual apenas barruntada, pero que se impone con la convicción de que es el inesperado punto cuya luz, para que no se extinga, nos hace responsables por su mantenimiento futuro (el vocabulario místico en el que me entrampo y me deslizo marca una dificultad que es la del ensayo mismo). Razonamiento y afecto: ¿pero quién dijo que forman un oxímoron? Leamos a Giordano:

El ensayo [...] se funda en la interrogación por las razones de esos afectos¹⁰.

Para que el razonamiento, las argumentaciones, y el pensar del ensayo constituyan un goce, el único tutor posible es el riesgo que dilata las fronteras del conocer. ¿Por eso parece desdeñar o contradecir el saber de la crítica o de la teoría? No se trata de eso tampoco. En los esbozos que son las “escenas institucionales” a las que nos hace asistir Giordano, comprendemos que el saber institucionalizado de la crítica (y su moral) conviven en tensión con los impulsos del ensayo. Diríamos que conviven porque se necesitan, porque la convivencia hace patente la nitidez de sus siluetas que se dibujan en el recelo mutuo. No son una de la otra desconocidas, a pesar de la indiferencia o el desdén con que alternan. Se conocen más allá de las instituciones porque, en cuanto impulsos, son configuraciones primarias, tendencias o extremos del saber que toda la historia de filosofía ha hecho posible. En el juego establecido de las instituciones académicas, nada habría más lejano del ensayo que una tesis doctoral, y sin embargo, Giordano se ha empeñado en llamar a su tesis sobre Manuel Puig, un ensayo. No la nombra así por un afán provocador, sino por necesidad, para nombrar con justeza. Dice en su tesis, en un “A modo de prólogo”:

Llamar ensayo a una tesis, aludir a la liviandad y el fragmentarismo para referirse a un género académico emparentado con las pesadas exigencias del tratado, es un gesto evidentemente paradójico. Lo hice sin afán de provocación, convencido de que a través de esa referencia equívoca daba a mi trabajo un nombre justo¹¹.

Se trata de una discordia interior. Como observa Giordano a propósito de las clases publicadas de Enrique Pezzoni¹², en la discordia entre el profesor de literatura y el *homme de lettres*, para que la literatura surja, el último debe matar al primero. Creo que estos dos impulsos contrarios, estas dos tendencias discordantes se fundamentan en dos concepciones diferentes de la lengua que las determinan por entero. La concepción de la lengua del ensayista consiste en comprender que la literatura sobrepasa o no encaja completamente en los esquemas representativos o referenciales, y se desespera de la torpeza reglada de las jergas técnicas que funcionan como administradoras del saber.

Nombrar con justeza es no atenerse a los límites que los discursos imponen, es sobrepasar esas barreras discursivas para que el nombre justo aparezca. Es el rigor sin medida del ensayo. La palabra que utiliza Giordano para el decir del ensayo es *entredecir*; esto es, acercar la justeza a un borde innominado que se haría presente como la incompletud de un llamado al que solamente el “estado de ensayo” (si Giordano me permite esta denominación) podría responder. Tal como él nos hace descubrir en Borges, esta concepción de la lengua experimenta la incertidumbre del sentido y no la borra como tal, como experiencia¹³. Diríamos: allí, donde la crítica se detiene, el ensayo inventa. Pero no se trata de un invento sin razones y sin argumentos; para nombrar este paso del ensayo, *Modos del ensayo* lo nombra o lo inventa como “invención conjetural”, la que se apoya en la singularidad del detalle y ejerce su invención mediante rodeos que buscan la necesaria justeza.

Rodeo difícil que se propone paradójicamente dar cuenta de un afecto primordial: podríamos llamarlo “la felicidad de la lectura”, ésa que es tanto el intelecto desbordado de afecto, como el afecto traspasado de inteligencia. Poco importarían los roles institucionales para esta loca ecuación, poco los tipos discursivos en los que aparece, y también poco las circunstancias que producen la felicidad. El ensayo, tal como lo muestra Giordano, es el deseo de dar testimonio de que esta felicidad es posible, y que, sencillamente, la literatura está siempre para producirla.

Notas

¹ Alberto Giordano, *Los modos del ensayo. De Borges a Piglia*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2005, pág. 10 ("Borges: la ética y la forma del ensayo").

² Idem, cit., pág. 134 ("Los ensayos literarios del joven Masotta (Primer encuentro)").

³ Idem, cit., pág. 39 ("Borges, la ética y la forma del ensayo").

⁴ Idem, cit., pág. 180 ("Cortázar y la denegación de la polémica").

⁵ Idem, cit., pág. 88 ("La otra aventura de Bioy Casares").

⁶ Idem, cit., pág. 89 ("La otra aventura de Bioy Casares").

⁷ Idem, cit., pág. 103 ("Imágenes de José Bianco ensayista").

⁸ Idem, cit., pág. 125 ("Imágenes de José Bianco ensayista").

⁹ Idem, cit., pág. 125 ("Imágenes de José Bianco ensayista").

¹⁰ Idem, cit., pág. 96 ("La otra aventura de Bioy Casares").

¹¹ Alberto Giordano, *Manuel Puig. La conversación infinita*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2001, pág. 15 ("Lo ensayístico en la crítica académica. A modo de Prólogo").

¹² Alberto Giordano, *Modos del ensayo*, cit., pág. 283 ("Lecciones de literatura").

¹³ Alberto Giordano, *Modos del ensayo*, cit., pág. 78 ("Borges y la ética del lector inocente").